

Llora la Montaña...

*«...y sobre la dureza de una losa
que abrigue la negrura de mi arcano
habrá el roce amoroso de una mano
que derrame el perfume de una rosa.»*

Son éstos los últimos versos de un soneto titulado «La última flor», que escribió Concha Espina pocos días antes de su muerte.

Esta última flor, la rosa inmarcesible de la fama que las letras patrias depositarán a sus pies, ha sido ganada por una vida de constante trabajo como continuadora de la tradición literaria femenina en España.

Nacida en Santander el 15 de Abril de 1869, en el típico barrio de Sotileza, se trasladó a América, allá por los años del desastre colonial, donde publicó numerosas poesías y artículos.

Sus novelas, en las que trasciende su espíritu cristiano, ocupan un importante lugar en su producción literaria.

Sus escritos han sido traducidos a todos los idiomas cultos y en la culminación de su vida literaria le otorgaron varias distinciones como la Gran Cruz de Alfonso el Sabio y la Medalla de Oro al Trabajo.

Y junto a estos homenajes, el sencillo y fervoroso de su tierra con un busto frente a su residencia y la inscripción: «La Montaña a Concha Espina».

Su vida de sacrificio fué probada en sus últimos años por la ceguera, que no fué obstáculo para que continuase su labor con igual entusiasmo.

Con Concha Espina pierde la literatura femenina a un gran paladín, que conserva en este siglo la brillante tradición que representaron en el pasado «Fernán Caballero» y la Condesa de Pardo Bazán.

Su prosa, recia y clara, se advierte en este párrafo de «La Esfinge maragata», acaso la mejor de todas sus obras:

«Vibra el soplo estridente de la máquina que desaloja vapor; cruje, con recio choque, una portezuela; algunos pasos vigorosos repercuten en el andén; silba un pito; tañe una campana, y el convoy trajina, resuella y huye, dejando la pequeña estación muda y sola, con el ojo de su farol vigilante encendido en la torva oscuridad de la noche.»

Y en su novela «El más fuerte», nos trae los efluvios del salobre marino en la siguiente descripción:

«Está subida la marea; una plenitud de aguas y de cielo se amansa en un solo candor sin tonalidades visibles, del cual brota un aliento fra-

gante y anchuroso, harto de pulsos vitales y de sordas campanas »

Y ahí quedan, modelos de prosa, sus demás novelas; su pluma, inquieta y vigorosa, dormirá reposada en la noche del mundo, pero sobre su tumba, siempre:

*«...habrá el roce amoroso de una mano
que derrame el perfume de una rosa.»*

JOSÉ M.^a SALVATELLA

